

El camino de la vida

A la luz del testimonio de Benedicto XVI



Para hacer esta meditación cuaresmal, quisiera recordar los acontecimientos eclesiales de las últimas semanas y, especialmente, el testimonio que Benedicto XVI nos ha ofrecido ¿Qué significa esto para nosotros? ¿A qué estamos llamados? Si nos limitamos al hecho de que se pasará de un Papa a otro, nos quedamos como los medios de comunicación, en un nivel superficial, en un nivel que atañe solo a nuestros gustos, a nuestras ideas, y, quizá, a nuestras ambiciones.

Sin embargo, lo que debemos preguntarnos es que, si queremos que estos acontecimientos nos lleguen profundamente, es a qué conversión

nos llama el testimonio de Benedicto XV. ¿De qué manera puede ayudarnos la decisión del Papa emérito y su modo de vivirla para vivir de verdad nuestra vocación personal? Si reflexionamos sobre esto, si acogemos el desafío del Santo Padre a este nivel, entonces entendemos que es un desafío que nos puede también ayudar a vivir mejor la Cuaresma, porque nos ayuda a entender mejor la conversión que el Señor nos pide personalmente a cada uno de nosotros y a vivirla con mayor libertad, fe, amor y esperanza.

“El Señor me llama”

En el último Ángelus del Papa le escuchamos decir las siguientes palabras: “Queridos hermanos y hermanas, esta Palabra de Dios [del evangelio de la Transfiguración] la siento dirigida a mí, de modo particular, en este momento de mi vida. El Señor me llama a «subir al monte», a dedicarme aún más a la oración y a la meditación. Pero esto no significa abandonar a la Iglesia, es más, si Dios me pide esto es precisamente para que yo pueda seguir sirviéndola con la misma entrega y el mismo amor con el cual he tratado de hacerlo hasta ahora, pero de una forma más acorde a mi edad y a mis fuerzas. Invoquemos la intercesión de la Virgen María: que ella nos ayude a todos a seguir siempre al Señor Jesús, en la oración y en la caridad activa” (24.2.13).

Me impresionan las expresiones: “el Señor me llama”, “Dios me pide”. El Papa nos dice que ha comprendido que Dios le ha pedido tomar la decisión de dejar su ministerio, y

que esta petición era una llamada. En efecto, concluye diciendo: “Invoquemos la intercesión de la Virgen María: que ella nos ayude a todos a seguir siempre al Señor Jesús, en la oración y en la caridad activa”.

Se perciben en estas palabras, como en otras de otros discursos, que la pregunta que se ha planteado el Papa sobre su ministerio ha sido esencialmente una pregunta que ha presentado al Señor para saber de Él dónde y cómo le llamaba en su seguimiento, escuchar su llamada, para responder con libertad y disponibilidad en esta circunstancia.

Los medios de comunicación, los vaticanistas, los políticos, y también nosotros, hemos estado tentados de descubrir otras razones, otros mecanismos detrás de esta elección, no entendiendo que esta elección la ha vivido Benedicto XVI dentro del misterio de su vocación, es decir, dentro de su relación con el Señor, dentro del diálogo entre su libertad y la libertad de Dios.

Por esto, no tiene sentido comparar la elección de un Papa con la elección de otro Papa, porque no se trata de aplicar un esquema, un reglamento, como si el ministerio petrino fuese un trabajo de un funcionario. El ministerio petrino, como toda vocación cristiana, es un misterio que se cumple dentro de la relación de una persona con Cristo, como entre Jesús y Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, me amas más que estos? – Sí, Señor tu sabes que te quiero. – Pastorea mis ovejas” (Jn 21,15).

¿Cómo es que un Papa como Juan Pablo II no ha puesto la dimisión (y se sabe que se planteó seriamente el problema), siendo que estaba más impedido y enfermo que Benedicto XVI, y sin embargo este último la ha presentado? Esta comparación no tiene sentido, porque ambos se han planteado esta pregunta dentro de su relación con el Señor, de su vocación personal en el seguimiento de Cristo. Jesús le ha pedido a uno una cosa y al otro otra. ¿Pero porqué Cristo pide una cosa a uno y otra cosa al otro, aparentemente sin una coherencia? Este es el misterio de la vocación de cada uno, de la relación única y personal que Jesús instaure o quiere instaurar con cada uno de nosotros.

Por esto, de estos acontecimientos no debemos aprender tanto *qué* elecciones debemos hacer, como si ahora todos los obispos y los abades debieran poner la dimisión porque el Papa lo ha hecho, sino más bien debemos aprender *cómo* se hacen las elecciones, cómo se puede llegar a comprender y decidir los pasos a dar en el camino de nuestra vocación.

A lo que nos animan vivamente tanto el calvario de Juan Pablo II por cumplir con su ministerio hasta la muerte, soportando y ofreciendo la enfermedad, como la elección de Benedicto XVI de dejar el ministerio antes de que la enfermedad lo haga demasiado dificultoso, es a vivir nuestra vocación y todas las elecciones de nuestra vida en el ámbito de una relación de tal manera tan viva con Cristo como para poder oír que nos habla, que nos dice lo que él desea de nosotros, que nos dice aquello para lo que nos llama. Se nos anima a seguir verdaderamente al Señor, a seguir una Persona viva y real que nos habla, y no solo a realizar la vocación como si fuese un proyecto o un programa sobre nosotros mismos.

Cuando se pone la atención sobre la llamada del Señor, es decir, sobre Su decisión, no debemos tener miedo de nuestra incapacidad, porque lo importante es que Dios es el que elige, no el que es elegido. El Papa lo decía claramente en el Ángelus del 10 de febrero, vigilia del anuncio de su dimisión, comentando la llamada de los primeros discípulos en el evangelio de Lucas (5,1-6). Decía: “La pedagogía de la llamada de Dios (...), no mira tanto la calidad de los elegidos, sino su fe, como la de Simón que dice: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5).”

Y añadía el Papa: “El texto de hoy hace reflexionar sobre la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. La vocación es obra de Dios. El hombre no es autor de su propia vocación, sino que da respuesta a la propuesta divina; y la debilidad humana no debe causar miedo si Dios llama. Es necesario tener confianza en su fuerza que actúa precisamente en nuestra pobreza; es necesario confiar cada vez más en el poder de su misericordia, que transforma y renueva.” (Ángelus 10.2.13)

Dialogar con Cristo

En el mensaje para esta Cuaresma, Benedicto XVI citaba un pasaje fundamental de su primera encíclica que resume el jugo del testimonio que nos ha dado en estas últimas semanas: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1).

La vocación cristiana nace de un encuentro con Jesucristo, un encuentro que revela el horizonte nuevo de la vida, y alzando siempre la mirada hacia este horizonte cada uno puede descubrir y entender cuál es la “dirección decisiva” de su camino. La dirección decisiva es aquella que no decidimos por nosotros solos, sino que, a partir del encuentro con Cristo, decidimos junto con Él. Por esto, toda vocación cristiana auténtica se decide siempre, y se vuelve a decidir siempre de nuevo, solo dentro de un diálogo con Jesucristo. Para esto es esencial que el encuentro con Él no quede solo en el inicio, sino que nos acompañe siempre a lo largo de todo el camino, es importante que el encuentro se convierta en una relación, amistad, comunión constante con Jesús.

En su última audiencia me ha impresionado lo que Benedicto XVI nos ha revelado sobre el diálogo personal que mantuvo con Jesús en el momento de su elección como Papa en 2005: “Señor, ¿por qué me pides esto y qué me pides? Es un peso grande el que pones en mis hombros, pero si Tú me lo pides, por tu palabra echaré las redes, seguro de que Tú me guiarás, también con todas mis debilidades” (27.2.13).

Nos parece escuchar los Hechos de los Apóstoles, los diálogos de Jesús con Pedro, con Pablo, con Ananías... Esta es la belleza originaria de la Iglesia, y de toda vocación: la relación personal con Cristo, tan viva que puedes hablarle, exponerle todos los problemas, todas las dificultades, y hacerte ayudar y aconsejar por Él mismo al hacer tus elecciones, al tomar las decisiones de tu vida, al aceptar de Él una tarea, una misión que supera tus fuerzas y capacidad. Esta es la vitalidad profunda, siempre nueva, de la Iglesia y de nuestra vocación.

Cuando el 11 de febrero anunció a los Cardenales su decisión, Benedicto XVI dijo: “Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino.”

Pienso que esta actitud debe provocar en nosotros un examen de conciencia sobre cómo afrontamos los problemas de la vida y las elecciones que debemos tomar. Muchas veces reflexionamos sobre nosotros mismos, lo rumiamos en nuestro interior, o quizá lo hablamos y murmuramos con todo el mundo. Sin embargo, el Papa nos muestra que solo si nos ponemos interiormente en presencia de Dios, en diálogo con Cristo, podemos llegar a la paz de la certeza y, por lo tanto, a la elección verdaderamente libre. Este es el discernimiento interior, y también comunitario, ante el Señor que san Benito pide al abad y a cada monje cuando se deben hacer elecciones o comprender cuál es la voluntad de Dios (cfr. RB 3 y 68), de otra forma, se pierde la paz y se cae en la agitación interior, en la murmuración, en la crítica que no son nunca constructivas, porque corroen y destruyen la comunión con Dios y con los hermanos.

El Señor nos guía

Cuando se da este sentido del encuentro con Cristo que permanece, se entiende entonces la insistencia de Benedicto XVI sobre la certeza de que el Señor nos guía. Ha repetido varias veces este concepto, con respecto a sí mismo y a la Iglesia. “Seguro que Tú me guiarás”, decía justamente en el momento de la elección papal. O el Miércoles de Ceniza, tras el anuncio de la dimisión, dijo en la audiencia general: “Me sostiene y me ilumina la certeza de que la Iglesia es de Cristo, que no dejará de guiarla y cuidarla. (...) El Señor nos guiará” (13.2.13). Y después en su última audiencia: “el Señor realmente me ha guiado, ha estado cerca de mí, he podido percibir cotidianamente su presencia. (...) Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre...” (27.2.13).

Cristo nos guía. Esto significa precisamente que vivir nuestra vocación no quiere decir nunca aplicar directrices, sino seguir a una Persona que está presente y nos indica constantemente el camino, que nos comunica la dirección a tomar y el modo de avanzar hablando directamente a nuestro corazón. Y es precisamente esto lo que nos da la energía para caminar hacia delante, que nos transmite la fuerza y la alegría de vivir hasta el fondo nuestra tarea, nuestra misión: “Por tu palabra echaré las redes, seguro que Tu me guiarás, también con todas mis debilidades” (Audiencia del 27.2.13).

Este es el testimonio que nos ha dejado el Papa Benedicto, un testimonio que es quizá su testamento para la Iglesia. Un testimonio que es un acto de amor, un testimonio a través del cual el Papa ha expresado su amor por la Iglesia, por cada uno de nosotros.

En efecto, un testimonio es siempre un acto que quiere nuestra vida, porque el testigo, amando al Señor, nos hace sentir cuán fascinante es seguirlo, dar la vida por Él y como Él. Por esto, el testimonio da alegría de vivir, de vivir así, de amar así, de dar la vida así, porque percibimos que el testigo muestra una experiencia de vida cumplida, libre, bella, alegre, sin miedo y llena de esperanza.

Pertenecer totalmente a la obra de Dios

¿Pero cómo se pasa de la fascinación a la vida real? ¿Cómo puede ser para mí auténtico este testimonio de forma que yo también pueda dar testimonio con esta vida nueva en Cristo y esta libertad?

La respuesta es precisamente la que nos presenta la Cuaresma: la conversión. Pero una conversión que se juega dentro del horizonte que nos testimonia el Papa: el horizonte de la guía que el Señor quiere ofrecer a nuestra vida para seguirlo en el don de nosotros mismos. La conversión sin seguimiento de Cristo sería un proyecto diabólico, una búsqueda de nuestra gloria. Sin embargo, la verdadera conversión tiene como único fin el educar nuestro corazón frágil e inconstante para preferir cada vez más a Cristo sobre toda otra cosa, escuchando y siguiendo su presencia en nuestra vida.

Es estupendo, sobre todo para nosotros que hacemos profesión según la Regla de San Benito, el modo en el que el Papa le ha citado durante su última audiencia: “San Benito, cuyo nombre llevo como Papa, me será de gran ejemplo (...). Él nos mostró el camino hacia una vida que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.”

Pocas veces he visto sintetizar de un modo tan esencial y universal nuestra vocación: seguir un camino para una vida que pertenece totalmente a la obra de Dios. Y se trata de una pertenencia a la obra de Dios que hace fecunda cada condición y circunstancia de la vida. El Papa decía que la obra de Dios hace fecunda tanto la vida “activa” como la vida “pasiva”, tanto en las condiciones en las que podemos hacer algo como en las condiciones en las que no podemos hacer nada, en las que somos impotentes. Ser pasivos puede significar la enfermedad, la imposibilidad física o psíquica de hacer grandes cosas, las persecuciones, el no estar en las condiciones de hacer fructificar los talentos propios o, simplemente, las propias ambiciones. San Benito nos guía a vivir todo esto en un camino de pertenencia a la obra de Dios, la obra que hace Dios, una obra infinitamente más grande y preciosa que todo lo que podemos o no podemos hacer nosotros solos.

En el Evangelio de Juan, Jesús, a quien le pregunta: “¿Qué hemos de hacer para que hagamos las obras de Dios?”, responde: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Jn 6,28-29).

A menudo, pensamos que la obra de Dios debe coincidir con las obras que hacemos nosotros, o que deberían hacer los demás. Jesús nos indica que la verdadera obra de Dios, la única obra de Dios, es nuestra fe en Él como enviado del Padre. La obra de Dios es la fe que permite a Jesús vivir en medio de nosotros para cumplir la misión que el Padre le confía, es decir, la redención del mundo, nuestra salvación, el Reino de Dios.

Cuando el Papa nos recuerda que san Benito enseña un camino en el que la vida pertenece totalmente a la obra de Dios, nos ayuda a entender que nuestra vocación, como la de todo cristiano, es esencialmente vivir con fe total, de modo que nuestra vida

pueda abrirse completamente a la venida de Cristo, al Hijo de Dios enviado por el Padre para salvar al mundo. Es en esta dimensión en la que debemos pensar cuando seguimos, o somos llamados a seguir, la vía estrecha de san Benito, en todos sus aspectos: la oración, la escucha de la Palabra, la vida fraterna, la obediencia, el desprendimiento de la propiedad, la humildad, la pertenencia estable a una comunidad. Todo esto nos hace pertenecer cada vez más a la obra de Dios, es decir, a Cristo venido al mundo para redimir al hombre. La fe es la obra de Dios en la que podemos siempre participar, tanto en la actividad como en la pasividad, en las fuerzas como en la debilidad, viviendo o muriendo.

Benedicto XVI ha fascinado al mundo entero precisamente con este testimonio de plenitud de vida que nos viene de la pertenencia con fe al Señor, por el que estamos seguros que nuestra vida es fecunda también cuando disminuyen las fuerzas para continuar un ministerio.

Esta posición de fe y de obediencia en la pertenencia a la presencia y a la misión de Jesús nos hace libres, humildemente libres, libres, sobre todo, de los propios intereses, de los propios cálculos. Libres para amar, libres del miedo de perder la vida. Benedicto XVI nos ha testimoniado todo esto, y nos ha colmado del deseo de vivir así nuestra vocación de vivir también nosotros esta plenitud de vida en Cristo, siguiendo a Cristo.

En su misericordia, el Señor nos muestra el camino de la vida

Confieso que, a menudo, viendo cómo las comunidades, y los monjes y monjas en particular, viven la vocación, en cualquier parte del mundo, experimento cierta desazón; no tanto porque todos estemos llenos de defectos y fragilidades, yo el primero, sino porque me parece que falta un deseo de plenitud de vida. Encuentro monjes y monjas, a veces también jóvenes, que me parece que no viven más que para su comodidad, su carrera, su independencia para hacer lo que quiere, o, también, para el dinero, para tener cosas y bienes particulares. No es la incoherencia lo que me desanima, sino el hecho de que a menudo no veo el deseo de una vida más bella, de una plenitud de vida, y, por lo tanto, el deseo de pertenecer a Cristo, de dar la vida por Él, incluso si se cae mil veces al día, incluso si Le somos infieles continuamente. Es como si los ídolos bastasen para llenar el corazón y no existiese ya espacio para desear más, para desear el infinito, la plenitud de la alegría. *Es como si se viviese sin deseo de vida.* Así, al abad general, o a quien corresponda, se presentan reivindicaciones, lamentos y críticas, no deseos de vida. Se desearía que el abad general hiciese de policía para poner orden, o, quizá, hiciese de banquero que trae dinero, o de psicólogo que cura los problemas relacionales y personales, o de abogado que hace justicia en los litigios de intereses y poder mundanos. No se le pide una ayuda para pertenecer a la obra de Dios, no se le pide una ayuda y una compañía para “creer en Aquél que el Padre ha enviado”.

¿Pero, si no existe esta petición, este deseo, esta necesidad, aunque solo sea en algunas personas, al menos en una persona, qué se puede hacer?!

Sin embargo, el Papa nos enseña que ante el pábilo humeante de este deseo, no sirve lamentarse o descorazonarse. Uno debe iniciar por sí mismo, a vivir este deseo, y a vivirlo en el camino de la Iglesia, en comunión con los demás, acogiendo el testimonio de quienes nos preceden en este deseo, como nos precede y nos guía precisamente Benedicto XVI. En la homilía del Miércoles de Ceniza decía: “Muchos están dispuestos a «rasgarse las vestiduras» ante escándalos e injusticias, cometidos naturalmente por otros, pero pocos parecen dispuestos a obrar sobre el propio «corazón», sobre la propia conciencia y las intenciones, dejando que el Señor transforme, renueve y convierta” (13.2.13).

Cada uno de nosotros, ante un testimonio de vida de plenitud, es decir, de santidad, debe preguntarse a sí mismo: ¿Creo en Aquél que el Padre ha enviado? ¿Creo en su presencia en mi vida, y reconozco que su presencia es la obra de Dios a la que estoy llamado a pertenecer totalmente para vivir en plenitud mi vida, por lo tanto, mi felicidad?

En la iglesia de la Casa Generalicia tenemos una bella ilustración de este misterio en las incisiones de Claudio Pastro detrás del altar. La escena central parece la llamada de Andrés y de Juan. Jesús apenas ha dejado el Jordán, tras haber recibido el bautismo y haber sido presentado como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29,36), por lo tanto, como Aquél que el Padre ha enviado a salvar al mundo. Andrés y Juan tienden las manos hacia Jesús y le hablan. Jesús responde con el gesto de sus manos: con una se señala a sí mismo, quizá dirigiéndola al Corazón; con la otra indica un camino, una senda, simbolizada por dos líneas un poco torcidas, que se entrelazan, suben y bajan, como el camino de toda vida humana. Parece decirles: “Yo soy el camino” (Jn 14,6), el camino a seguir, el camino de la vida del que nos habla San Benito en el Prólogo de la Regla: “Mirad cómo el Señor, en su misericordia, nos muestra el camino de la vida” (RB Pról. 20).

El camino de la vida es el camino tortuoso de nuestra existencia que Jesús ha venido a recorrer con nosotros, haciéndolo camino Suyo, para recorrerlo siguiéndole a Él. Es nuestra vida, pero no es ya nuestra; es nuestro camino, pero no es ya nuestro. Es Él quien vive en nosotros (Gál 2,20), es Él quien recorre su camino, y transforma el camino de nuestra vida en camino de Su vida, en camino hacia el Padre.

San Benito dice literalmente que el Señor, en su misericordia (*pietate sua*) nos “demuestra – *demonstrat*” el camino de la vida. No solo nos lo *muestra*, sino que lo *demuestra*, nos lo hace ver recorriéndolo delante de nosotros, con nosotros, comunicándonos su experiencia. Una demostración consiste en mostrar la experiencia, el acontecimiento de algo. No es indicar algo desde lejos, sino ponernos ante algo que acontece, en acto, que nos implica. Los comerciantes que quieren vendernos cualquier aparato, nos hacen una demostración, nos lo muestran funcionando, y nos hacen ver que funciona perfectamente y de esta forma nos hacen creer que también nosotros sabremos sacarle provecho. Cristo ha venido, ha sido enviado por el Padre, precisamente para probarnos con hechos el camino de la vida, y esta prueba, esta demostración, es que Él vive con nosotros la vida que quiere darnos, camina con nosotros, nos acompaña, nos guía, como repetía varias veces el Papa.

El camino de la vida es, así pues, el camino de nuestra vida vivida con Él, hablándole, escuchándole, como los dos discípulos de nuestra capilla, mirándole, acogiendo lo que nos dice y lo que nos muestra: Su presencia, Su corazón y el camino. El camino de la vida quiere decir vivir todo dentro de la amistad de Cristo, es decir, en el misterio profundo de la Iglesia, como lo ha dicho el Papa a los Cardenales, citando a Guardini: la Iglesia es “una realidad viva (...) y su corazón es Cristo” (28.2.13).

Benedicto XVI ha testimoniado que esta experiencia de vida, este camino siguiendo a Cristo en la Iglesia lo podemos hacer, y que es hermoso hacerlo, porque nos libera, nos dilata el corazón en el amor de Dios y de todos. “Uno recibe la vida precisamente cuando la da”, decía en la última audiencia. Y nos ha dicho y mostrado que esta experiencia es muy sencilla, porque nos pide solo la confianza de los niños. Lo ha dicho, siempre en la última audiencia, como si fuese su última voluntad, el testamento espiritual que un padre deja a sus hijos:

“Quisiera invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad.

Quisiera que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites.

Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano.”